

— Esperaré que Vuestra Señoría se acabe de vestir, respondió Christian con el tono de indiferencia que le era natural; lo que tengo que hablar es para nosotros dos solos.

— Retírate, Jerningham, pero no te alejes, y espera que yo te llame. Pon mi chaqueta en ese canapé. — ¡Cómo! ¡otra vez la de tisu de plata! Ya me la he puesto cien veces.

— Dos, nada mas, milor, dijo Jerningham con sumision.

— Dos veces, veinte, replicó el duque, ¡no importa! guárdala para tí, ó dásela á mi ayuda de cámara, si piensas que se degrada tu nobleza con la oferta.

— Vuestra Señoría ha hecho llevar sus vestidos de desecho á personas de mas alto rango que el mio, dijo Jerningham.

— Eres malicioso, Jerningham; en cierto sentido, es verdad, y puede que ahora sea lo mismo. — Norabuena, esta chaqueta color de perla irá perfectamente con la cinta y la charretera.

— Pues entonces piérdete de vista.

— Y bien, señor Christian, ¡ya se fué! ¿Pue-

do volverle á preguntar lo que tiene que decirme?

— Milor, respondió Christian, vos gustais de dificultades en los asuntos de Estado asi como en los de amor.

— Me persuado, señor Christian, que vm. no habrá estado escuchando á la puerta del cuarto; porque no me probaria esto mucho respeto ni á mi ni mi casa.

— No sé lo que quereis decirme, milor.

— Poco se me da, ademas, que todo el mundo sepa lo que dije á Jerningham hace un instante. Pero vamos al asunto en cuestion.

— Está Vuestra Señoría tan ocupado con las victorias que gana á las buenas mozas y á las gentes de talento, que tal vez habrá olvidado el interés que tiene en la isla de Man.

— De modo ninguno, señor Christian; me acuerdo muy bien que el Cabeza-Moronda de mi suegro, Fairfax, habia logrado del Parlamento la concesion de esta isla, y que fué bastante necio en soltarla cuando vino la restauracion, en lugar de que si la hubiera asegurado entre las garras, como verdadera ave de

rapiña, la hubiera conservado para si y los suyos. Hubiera sido una cosa muy linda tener por mio un reinecito, promulgar leyes en él, tener mi canciller con sus sellos y maza. Me hubiera bastado medio dia para enseñar á Jer-ningham á presentarse con tanta gravedad, andar tan pesado, y hablar con tanta necedad como Harry Bennet.

—Hubiera podido Vuestra Señoría hacer todo eso, y aun mas, si hubiera gustado ponerlo por obra.

—Si; y si Mi Señoría hubiera querido hacer esto, el señor Christian hubiera sido el Jack-Ketch* de mis dominios.

—Yo, vuestro Jack-Ketch, milor! dijo Christian en un tono que indicaba no tanto el disgusto como la sorpresa.

—Sin duda, ¿no ha intrigado vm. continuamente contra la vida de esa pobre señora anciana? El satisfacer vm. por su mano su venganza debería serle tan grande como el placer de un rey.

* Nombre que dan por lo comun en Inglaterra al Verdugo.
—ED.

—Milor, yo no pido contra la condesa mas que justicia.

—Y el fin de la justicia es siempre la horca.

—¡Pues que lo sea! Muy bien, la condesa está en la conspiracion.

—¡Lleve el diablo la conspiracion tan cierto como la creo un puro invento! dijo el duque. No oigo hablar de otra cosa no sé cuantos meses ha. Si debiera uno ir al infierno habia de ser por un nuevo camino y bien acompañado, no me gustaria emprender ese viage asociado con Oates, con Bedloe y con toda la comparsa de ese nubarron de testigos.

—¿Con qué Vuestra Señoría está decidido á renunciar las ventajas que pueden resultarle? Si la casa de Derby se declara criminal, la concesion hecha en favor de Fairfax, dignamente representada por la duquesa su esposa, vuelve á tomar todo su vigor, y vendria despues á ser señor soberano de la isla de Man.

—Por el lado de una muger, dijo el duque. Pero á la verdad que mi querida mitad me debe indemnizar en algun modo por haber vivi-

do el primer año de nuestro matrimonio con el viejo Black-Tom, su sombrío y puritano padre. Tanto hubiera valido casarse con la hija del diablo, y cohabitar con su suegro.

—¿Con qué puedo inferir, milor, estais decidido á emplear vuestro crédito contra la casa de Derby?

—Como ella se halla injustamente en posesion del reino de mi muger, no tiene ciertamente motivos para esperar algun favor de mi parte. Pero ya sabe vm. que hay en Whitehall un crédito bien superior al mio.

—Sin mas que por quererlo vos así, milor.

—No, no y cien veces no, exclamó el duque, que se enfadaba acordándose de esto. Dígole á vm. que esa vil cortesana la duquesa de Portsmouth, se ha encaprichado en contradecirme y hacerme frente en todo. Carlos me ha mirado con aire sombrío y hablado con sequedad delante de toda la corte. Yo quisiera que supiese cual es el motivo de nuestra disension, me alegrara de que solo llegase á presumirle. Pero yo le arrancaré las plumas ó deberé perder el nombre de Villiers. ¡Apostár-

melas á mí una miserable ramera francesa! Dices bien, Christian; ninguna pasion enardece mas que la venganza ó el amor. Yo acreditaré la conspiracion, aunque no fuese sino por el odio que la tengo y yo haré imposible para el rey sostener su manceba en el rango que la colocó.

El duque se habia ido excitando poco á poco segun hablaba. Se paseaba por el cuarto á pasos largos accionando con vehemencia, como si no tuviera otro intento que privar á la duquesa de su valimiento y favor para con el rey. Christian se reia interiormente al verle acercarse al estado de exaltacion en que se le ponía con facilidad, y guardaba un juicioso silencio.

Acercósele el duque.—Muy bien, señor Oráculo exclamó, vos que habeis levantado tantos planes para suplantar esta loba de las Galias ¿qué se ha hecho de todas vuestras intrigas? ¿dónde está esa belleza que por tan maravillosa debe fascinar la vista del soberano al momento que la mire? ¿La vió Chiffinch? Qué

juicio forma ese crítico excelente de hermosuras y guisados, de mugeres y vinos?

— Vióla y mereció su aprobacion. Pero no ha logrado aun oirla hablar, y su talento corresponde á lo demas. Ayer he llegado aqui con ella, y cuento con presentársela hoy en cuanto llegue; le aguardo por instantes. Lo único que temo es la virtud rústica de la doncella, porque la han educado á la rigorosa de nuestras abuelas. Nuestras madres tenian mejor juicio.

— ¡Qué! ¡tan joven, tan hermosa y tan difícil! Por vida mia, me la presentará vm. tan bien como á Chiffinch.

— ¿Para que la cure Vuestra Señoría de su indomable modestia?

— No quiero mas que darle una leccion para que aprenda á dar valor á su mérito. Los reyes no gustan hacer el papel de enamorados tímidos, les agrada que les ojeen la casa.

— Con permiso de Vuestra Señoría, eso no puede ser. *Non omnibus dormio*. Milor conoce esta alusion clásica. Si llegare á ser esta joven la favorita del soberano, el rango dora la ver-

güenza; y cubre el pecado. Pero ella no amañará ante nadie de calidad inferior á la magestad suprema.

— ¡Malicioso y necio! Yo hablaba en fiesta. ¿Piensa vm. querria yo arriesgar el trastorno de un plan que tan ventajoso puede serme como el que ha concebido vm.?

— Milor, dijo Christian sonriéndose y moviendo la cabeza. Yo conozco á Vuestra Señoría tan bien ó acaso mejor que se conoce á si propio. El desbaratar una intriga bien concertada por alguna combinacion formada en vuestro cerebro, os gustaria mucho mas que dirigirla á un término feliz, siguiendo el plan de los demas. Pero Shaftesbury y todos los interesados han resuelto dar buen juego á nuestro proyecto, y, perdonad si os hablo de este modo, no permitiremos que vuestra ligereza é inconstancia nos presente obstáculos.

— ¿Quien? ¡Yo, ligero é inconstante! Aqui donde vm. me ve estoy tan resuelto como el primero á trastornar la manceba, y contribuir para que salga bien la intriga. No aprecio la vida sino para esas dos cosas. Ninguno puede

hacer el papel de agente de negocios como yo, cuando me agrada. Nada me falta, hasta en el arte de ensartar y rotular mis cartas. Soy tan exacto como un escribiente.

— Vos habeis recibido una carta de Chiffinch. El me ha enviado á decir que os habia escrito sobre diferentes cosas que le han pasado con el lor Saville.

— Sí, sí, dijo el duque buscando entre sus cartas; no la encuentro á la mano; apenas estoy enterado del contenido. Estaba sumamente ocupado cuando me la trajeron. Pero está bien segura.

— Debiais haber obrado segun ella. El majadero se ha dejado sonsacar el secreto, y os invitaba á tomar medidas para que el expreso enviado por lor Saville no llegue á dar á la duquesa sus cartas que le descubririan todo el misterio.

Alarmóse entonces el duque, tocó muy aprisa la campanilla. Presentóse Jerningham al instante.

— ¿Donde está la carta que yo he recibido

del señor Chiffinch, algunas horas hace? le preguntó.

— Si no está entre esas que Vuestra Señoría tiene á la vista, respondió Jerningham, no puedo decirlo: Yo no he visto otras.

— Mientes, ¡ tunante! ¿ Con qué derecho te metes tú á tener una memoria mejor que la mia?

— Si Vuestra Señoría tiene á bien permitirme le recuerde, se convencerá de que apenas abrió una carta esta semana.

— ¿ Se vió jamas un pícaro que tanto me haga impacientar? Podria muy bien hacer ei papel de testigo en la conspiracion. Ha destruido mi reputacion de exacto con su deposicion contradictoria.

— A lo menos, dijo Christian, los talentos y capacidad de Vuestra Señoría quedan inexpugnables; y es necesario emplearlos en favor vuestro y en el de vuestros amigos. Si me es permitido daros un consejo, ireis inmediatamente á la corte, y tratareis de preparar con maña lo necesario para la impresion que deseamos hacer. Si puede Vuestra Señoría tomar

la delantera, y soltar algunas palabras para oponerse á Saville, todo irá bien. Pero sobre todo dar ocupacion al oido del rey; nadie puede hacerlo mejor que Vuestra Señoria. Dejad á Chiffinch el cuidado de cautivar su corazon por un objeto correspondiente. — Otra cosa se me ocurre ahora. Hay un anciano caballero, una cabeza vieja exaltada, que moveria cielos y tierra en favor de la condesa de Derby. Esta con guarda de vista y va tras él por la huella toda la legion de testigos.

— ¡Muy bien, á ellos, Tofam!

— Ya le ha prendido Tofam, milor. Pero hay ademas un joven valiente, hijo del consabido caballero, educado entre la familia de Derby, quien le ha encargado traiga aquí cartas para el provincial de jesuitas y á otras personas.

— ¿Y cómo se llaman esos dos individuos?

— Sir Geoffrey Peveril, del castillo de Martindale, en el condado de Derby, y su hijo Julian.

— ¡Qué! exclamó el duque, ¿Peveril del Pico? un caballero anciano tan honrado como cualquiera que haya sabido jurar, uno de los

bravos de Worcester, un hombre que siempre se le hallaba donde habia golpes que dar ó que recibir; yo no consentiré jamas su ruina, Christian, vuestros bribones se han engañado, es preciso volverlos á poner en camino á latigazos; es preciso, y eso es lo que los espera el dia en que la nacion recobre la vista.

— Entre tanto es de la mayor importancia, dijo Christian, para el resultado de nuestro plan, se interponga Vuestra Senoria por un cierto tiempo entre ellos y el favor del rey. El joven ejerce una influencia en la bella, que no seria favorable á nuestras miras, y por otra parte el padre de la muchacha tiene formada de este Julian una opinion tan buena, cual pudiera formar un hombre que no fuera un imbecil puritano como él.

— ¡Grandemente! cristianísimo Christian, dijo el duque, he oido vuestras órdenes por extenso. Cuidaré de tapar todas las madrigueras que hay debajo del trono, para que ni el lor ni el caballero, ni el escudero en cuestion puedan salir. En cuanto á la bella, dejo á vm. y á Chiffinch el cuidado de proporcionarle sus al-

tos destinos, puesto que no se quiere fiar en mi. A Dios, cristianísimo Christian. Fijó los ojos en él, y exclamó cuando cerró la puerta del cuarto: — ¡Condenado, abominable libertino! Pero lo que menos puede sufrirse es la serenidad provocativa del malvado. Vuestra Señoría hará esto, Vuestra Señoría se dignará de hacer estotro. ¡Yo sería el mas bonito dominiguello haciendo el segundo papel, ó mejor el tercero en la tal intriga! No, no. Irán por el camino que yo lleve, y se pararán donde á mí me acomode. A pesar suyo, descubriré donde se halla esta muchacha, y yo veré si es probable que tenga efecto su plan. En este caso, yo seré quien me la lleve, mia será enteramente, antes que del rey y yo mandaré á la que mandará á Carlos.

Toco la campanilla otra vez, y entró Jerningham.

— Jerningham, le dijo, mando que sigan á Christian los pasos por espacio de veinticuatro horas, vaya donde fuere, y procura descubrir donde va á ver una joven recién llegada á Londres. ¿Te sonries bribon?

— Sospechaba una nueva rival de Araminta y de la condesita, milor.

— Ve á tu negocio, respondió el duque, y déjame cuidar del mio. El poner á mi carro una linda puritana, hacerla favorita de un rey, ganar los favores de la perla de las hermosuras del Oeste de la Inglaterra, es el primer punto, castigar la desvergüenza de este mestizo de la isla de Man, abatir el orgullo de la señora duquesa, hacer que salga ó se malogre una intriga política é importante, segun que lo hagan apetecible las circunstancias para mi honor y mi gloria, será el punto segundo. Estaba poco ha deseando hallar en que ocuparme, y con esto hay ya muy bastante; pero Buckingham sabrá dirigir su barca entre los escollos, y en medio de las tempestades.